

Sostener que no hay arte, que no hay bello ideal, que no hay necesidad de andar escogiendo asuntos, sino pintar todo lo que se presente, y que lo feo es tan hermoso como lo hermoso, es un mero juego de palabras por parte de unos, una depravacion del gusto por parte de otros, un sofisma dictado á unos por la pereza, y á otros por la incapacidad.

OTRAS CAUSAS QUE CONCURREN Á DESTRUIR LAS CELEBRIDADES UNIVERSALES.

Por último, además de esa division de idiomas que en la época actual se opone á las celebridades universales, hay otra causa que trabaja tambien para destruirlas. la libertad, el espíritu de nivelacion y de incredulidad, el aborrecimiento á toda superioridad, la anarquía de ideas, la democracia se ha introducido tambien en el campo de la literatura, así como en la sociedad. Entiéndase que esas cosas que tanto halagan el amor propio y despiertan el sentimiento de envidia, obran con reduplicada viveza en la esfera de las letras. Nadie quiere ya reconocer maestros, ni autoridades; no se admiten reglas ni opiniones establecidas: el libre exámen campea en el Parnaso como progreso del siglo, ni mas ni menos que en el terreno de la política y de la religion. Cada cual se cree con derecho de juzgar, y juzga con arreglo á sus luces, su gusto, su sistema, su odio ó su amor. De aquí nace la turba de *inmortales* acantonados en una calle, ó encerrados en el círculo de su escuela y amigos, y que apenas pasan de su límite, se ven silbados y desconocidos en la calle inmediata.

La verdad tenia que hacer en otro tiempo esfuerzos para penetrar; carecia de vehículo; no existia una prensa diaria y libre; los literatos formaban un mundo aparte, y se ocupaban unos de otros sin que el público llegara apenas á saberlo. Ahora que los periódicos denigrantes ó admirativos *tocan á la carga ó cantan la victoria*, seria preciso tener muy mezquina fortuna para no llegar á comprender lo que uno vale. Mas téngase presente que si por esas sentencias contradictorias, nuestra reputacion empieza mas pronto, tambien espira en mas breve plazo: el que por la mañana ha sido comparado con el águila, no está lejos de pasar por mochuelo al ponerse el sol.

Tal es la humana condicion, particularmente en Francia: si en este país se ve brillar algun talento, todo el mundo hace alarde de despreciarlo. Hoy lo elevan á las nubes; mañana lo arrastran por el cieno; luego vuelve á renacer la admiracion, y otra vez vuelve tambien á renacer el desprecio. ¿Quién durante estos años últimos no habrá visto variar veinte veces la opinion acerca de un mismo sugeto? ¿Hay en la actualidad algo de verdadero ó cierto sobre la tierra? El mundo no sabe que creer; en todo vacila, duda de todo, al llegar la noche han pasado las mas ardientes convicciones. No podemos tolerar reputaciones; la admiracion que se dispensa á los demás parece que nos ha sido arrebatada á nosotros mismos: nuestras vanidades se alarman del menor triunfo ajeno, y todo lo que éste dura, se prolonga el suplicio de aquellas. No se siente que un hombre de mérito, (no siendo nosotros mismos), llegue á morir; bien mirado no es mas que un rival menos: su importuno rumor no nos dejaba oír las alabanzas de los tontos, ni el concierto de graznidos de las medianías. La prensa se apresura á amortajar al célebre difunto con tres ó cuatro artículos de periódico; nadie vuelve á hablar de él; nadie lee sus obras; queda sellada su celebridad en los libros como el cadáver en el féretro, y todo se remite á la prosperidad por conducto del tiempo y de la muerte.

Hoy todo envejece en algunas horas: una celebridad se mancilla, una obra pasa en un momento. La poesía tiene ya la misma suerte que la música; su voz llena

de frescura al nacer el día, está ronca al ponerse el sol. Todo el mundo escribe; nadie lee con reflexion. Un nombre repetido por tres veces produce náuseas. ¿Dónde estén aquellos ilustres que al despertarse una mañana declararon, hace algunos años, que nada de provecho habia existido anteriormente á ellos; que habian descubierto universos desconocidos; que se hallaban por la virtud de su talento decididos á hacer que el mundo mirara con compasion las obras maestras tan estúpidamente admiradas hasta entonces? ¿Dónde están aquellos que se llamaban *juventud*, en 1830? Hé aquí que ya surgen los hombres del 1835, considerando como viejos á los del 1830, y diciéndoles que el mérito que en su tiempo podian haber tenido, era ya una cosa gastada, y que ya habia pasado y repasado enteramente. No tardarán en presentarse en la escena los párbulos que ahora están en pañales, y se reirán á su vez de aquellos octogenarios de diez y seis años, y de los diez mil poetas y cincuenta mil prosistas que ahora están cubiertos de gloria y melancolía en todos los ángulos de la nacion. Si por casualidad el público no se apercebe de la existencia de esos autores, procuran ellos mismos darse una muerte ruidosa para llamar la atencion. ¿Otra locura, el público ni siquiera oye su último suspiro. ¿Quién causa ese delirio y esas aberraciones? la falta del contrapeso de las locuras humanas, la falta de religion.

Cada lustro vale un siglo en la época que vivimos; la sociedad muere y se renueva cada diez años. Adios, pues, esperanzas de una celebridad duradera y universalmente reconocida. Quien escribe para eternizar su nombre, sacrifica su vida á la mas vana y mas tonta de las quimeras. Buonaparte será tal vez la única existencia aislada de ese antiguo mundo que se vá desvaneciendo: en lo sucesivo nada se elevará sobre el nivel de la sociedad; la grandeza del individuo será reemplazada por la grandeza de la especie.

La juventud es lo mas bello y generoso que existe; me siento poderosamente atraído hácia ella, como hácia la fuente de mi antigua vida; le deseo toda clase de triunfos y prosperidad, y por esa misma razon creo que no debo adularla. Al fin del errado camino por donde marcha, no encontrará mas que hastio y miseria. Conozco que en la actualidad le faltan carreras, y que está luchando en medio de una sociedad oscura, de lo cual provienen esas ráfagas de talento que rasgan súbitamente las nubes, y súbitamente se extinguen; pero no pierda de vista la juventud que hav estudios, laboriosos y largos, que hechos silenciosa y constantemente, llenarian mejor su existencia, y producirian mejores efectos que esa multitud de versos tan pronto hechos como olvidados.

Al terminar este capítulo me asaltan dudas y tengo un remordimiento: me he atrevido á decir que Dante, Shakespeare, Tasso, Camoens, Schiller, Míton, Racine, Bossuet, Corneille y otros, no llegarán tal vez á vivir *universalmente* como Virgilio y Homero, y he afirmado, aunque de un modo indirecto, que el tiempo de las celebridades universales habia pasado ya.

¿Por qué he de tratar de privar al hombre del pensamiento de lo infinito, sin el cual no podria hacer cosa alguna, ni elevarse nunca á la altura que puede aspirar? Si no encuentro en mi mismo esa condicion de vida póstuma, ¿por qué razon he de creer que los demás se hallan tambien despojados de ella? Un poco de resentimiento contra mi propia naturaleza ¿me ha hecho juzgar de un modo tan absoluto las facultades intelectuales que los demás pueden tener? Volvamos, pues á establecer la série de ideas en el órden que tenian antes de haber manifestado esas dudas, y hecho esas observaciones: no neguemos á los talentos nacidos ó por nacer la esperanza de una celebridad duradera, que algunos escritores ó escritoras, pueden prometerse desde hoy para lo sucesivo: caminen

hácia ese porvenir universal; muy gratos me serán sus esfuerzos, bien entendido que si yo quedo en medio del camino, no me lamentaré, ni tampoco lo echaré de menos.

Si post fata venit gloria, non prospero.

MARIA.—GUILLERMO.—LA REINA ANA.

ESCUELA CLÁSICA.

La invasion del gusto francés, principió en el reinado de Carlos II, y terminó en tiempo de Guillermo y la reina Ana. La alta aristocracia tomó en su educacion algo del noble é imponente carácter de la gran monarquía vecina y rival suya. La literatura inglesa, desconocida hasta entonces en Francia, pasó el estrecho. Addison vió á Boileau en 1701, y le presentó un ejemplar de sus poesías latinas. Habiendo tenido que refugiarse Voltaire en Inglaterra, con motivo de su disputa con el caballero de Rohan-Chavot, dedicó la *Enriada* á la reina Ana, y corrompió su inteligencia con las ideas filosóficas de Collins, Chubb, Tindal, Wolston, Tolland y Bolingbroke. Al regresar á Francia dió á conocer Shakespeare, Míton, Dryden, Shaftesbury y Swift, presentándolos como personajes de una nueva especie descubiertos por él en un nuevo mundo. Racine tradujo el *Paraiso perdido*, y Rollin habló de esa obra en su *Tratado de estudios*.

Cuando Guillermo consiguió ceñir la corona británica, los escritores de Londres y París tomaron parte en la disputa de los príncipes y los guerreros. Boileau cantó el *paso del Rhin*; Prior contestó que el representante del Parnaso estaba ocupando las nueve Musas en cantar que *Luis no habia pasado el Rhin*, lo cual era cierto. Philips tradujo el *Pompeyo* de Corneille, y Roscommon escribió el prólogo. Addison celebraba las victorias de Marlborough, y tributaba homenaje á *Atalia*: Pope publicó su *Ensayo sobre la critica*, cuyo modelo es el *Arte poética*: estableció poco mas ó menos las mismas reglas que Horacio y Boileau; mas recordando súbitamente su dignidad (de inglés), exclamó: «*But we, brave Britons, foreign laus despis'd.*» (Los bravos bretones desprecian las leyes extranjeras.) Foam tradujo el *Arte poética*, del poeta francés: Dryden revisó el testo y reemplazó los nombres de autores franceses con otros de compatriotas suyos.

El poema de *El rizo arrebatado*, parece que fue inspirado por el que Boileau escribió con el título de *Lulrin* (facistol); la *Dunciada*, del poeta inglés, fue tambien una copia ó imitacion de las *Sátiras* del amigo de Racine; Butler tradujo una de esas sátiras.

El siglo literario de la reina Ana, es el último reflejo del siglo de Luis XIV. Y como si el destino del gran rey hubiese sido el encontrarse siempre de frente con Guillermo y hacer conquistas, cuando no pudo invadir la Inglaterra con ejército de soldados, la invadió con un ejército de letras: el genio de Albion que hizo frente á los guerreros franceses, cedió el campo á los literatos.

Prensa periódica.—ADDISON.—POPE.—SWIFT.—STEELE.

Constumóse entonces otra revolucion, cuyos resultados han sido y siguen siendo incalculables; establecióse en las márgenes del Támesis la prensa periódica, política y literaria á un mismo tiempo, Steele, defendió los intereses de los whigs en el *Taller*, el *Spectator*, el *Mentor*, el *English man*, el *Lover*, el *Reader*, el *Towny Talk*, el *Chit-Chat* y el *Plebeium*, y además combatió contra el *Examiner*, escrito por Swift en sentido *tory*. Addison, Congreve, Walsb, Arbuthnot, Gay, Pope y King, se colocaron segun sus opiniones bajo las banderas de Swift ó de Steele.

Jotánas Swift, nació en Irlanda (30 de noviembre de 1667), y fue con muy poca razon llamado el *Rabelais* de Inglaterra por Voltaire. Este filósofo no apreció mas que las impiedades de Rabelais y sus gracias cuando son de buen género; pero no echó de ver la profunda sátira de la sociedad y del hombre, ni la alta filosofía, ni el elevado estilo del cura de Meudon; tal vez como no miraba el cristianismo sino por su parte mas débil, no comprendió la revolucion intelectual y moral verificada en la humanidad por el Evangelio.

La obra intitulada el *Tonel*, en la cual Swift atacó á un mismo tiempo al papa, á Lutero y Calvino, y *Gullyver* en la que se ponen de relieve las instituciones humanas, no son mas que pálidas copias del *Gargantua*. Los siglos en que vivieron ambos autores establecen entre ellos una inmensa distancia; Rabelais principió á reformar su lengua, Swift completó el perfeccionamiento de la suya. Por otra parte, es dudoso que el *Tonel* sea de Swift, ó que este sea su único autor. Swift se entretuvo en hacer versos de veinte, treinta y sesenta sílabas. El historiador Velly tradujo su sátira titulada *John Bull*, sobre la paz de Utrech.

Guillermo que llevó á cabo tantas cosas, instruyó á Swift en el arte de cultivar los espárragos á la holandesa. Jotánas amaba á una jóven llamada Stella; la trajo á su deanato de *Saint Patrick*, y al cabo de diez y seis años y de su amor, se casó con ella. Ester-van-Homrigh, se enamoró apasionadamente de Swift, aunque era viejo, feo y asqueroso: cuando esta señora supo que estaba formalmente casado con Stella, á quien hasta entonces habia mirado con desprecio, tuvo tal sentimiento que le costó la vida. De manera que aquel ente ridículo causó la muerte de dos hermosas mujeres, y no pudo á imitacion de los grandes poetas, darles una segunda vida.

Steele, compatriota de Swift, se hizo rival suyo en política. Habiendo conseguido entrar en la cámara de los Diputados, fue espulsado de ella como autor de libelos sediciosos. Con motivo de la creacion de doce pares en tiempo del ministerio de Oxford y Bolingbroke, escribió una carta mordaz á sir Dilles Wharton, acerca de los *pares de circunstancias*. Las relaciones de Steele con el gran corruptor Walpole no le enriquecieron; por lo cual suspendiendo sus publicaciones literarias se metió en la literatura de industria é inventó una máquina para trasportar salmon fresco á Londres.

Débase á Steele el haber limpiado el teatro de las obscenidades que los escritores del tiempo de Carlos II habian introducido, y esa circunstancia es tanto mas apreciable en un autor que, como Steele, no podia jactarse de tener costumbres muy arregladas. Sin embargo, su contemporáneo Gay el fabulista, hacia representar su comedia titulada *Beggar*, cuyos protagonistas son un ladrón y una ramera. Esa comedia será tal vez el tipo original de ciertos melodramas que se han representado en nuestros tiempos.

TRÁNSITO DE LA LITERATURA CLÁSICA Á LA DIDÁCTICA, DESCRIPTIVA Y SENTIMENTAL.

La literatura inglesa clásica parecida á la francesa con solo la diferencia de las costumbres nacionales degeneró prontamente, y pasó del género clásico al espíritu del siglo XVIII. Entonces principió la imitacion por parte de los escritores franceses que se pusieron á copiar á sus vecinos con una especie de preocupacion que no deja de repetirse alguna que otra vez. Todo lo que sobre este particular puede decirse es tan sabido de todo el mundo, que seria muy pesado el seguir un órden cronológico para repetir lo que nadie ignora.

La poesía moral técnica, didáctica y descriptiva,

cuenta por autores Gay, Young, Akenside, Goldsmith, Gray, Bloomfield, Glover, Thompson, etc., como novelistas figuran Richardson y Fielding, y como historiadores, Hume, Robertson y Gibbon, a quienes han seguido Smolett y Lingard.

Además de esos poetas, siempre se han leído con gusto el *Arte de conservar la salud*, por Armstrong; la *Caza*, por Somerville; el *Actor*, por Llody; el *Arte poética*, por Roscommon, y el de Francis; el *Arte de la política*, de Bramston, y el *Arte de la cocina*, de King.

El *Arte de la política* tiene mucha imaginación. El exordio de esos divorcios poemas es una imitación del arte política de Horacio. Bramston compara el hombre que a un mismo tiempo es *wihg* y *tory*, con una figura humana que a un mismo tiempo tuviera el pecho de mujer y la cola de merluza.

A lady's, boson and a tail of cod.

Delacourt, en su *Prospect of poetry*, ensayó la armonía imitativa técnica, como posteriormente escribió en Francia Mr. Piis. Los placeres de la imaginación por Akenside, carecen de ella, y el poema sobre la *Conversación* por Stillingfleet, no pudo ser compuesto sino para un pueblo que no supiera hablar.

También debe hacerse mención del *Naufragio*, por Falconer; del *Viajero* y la *ciudad abandonada*, de Goldsmith; de la *Creación*, de Blackmoore, y del *Juicio de Hércules*, de Shenstone.

No olvido á Dyer y á Denham. Conviene leer la *Queja del poeta*, por el desgraciado Otway; el *Wanderer*, por el mas desgraciado aun Savage: aquí es donde se pinta con todo su horrible color la furia del suicidio: «Con la frente desgarrada por la tortura del pensamiento grita al hombre: Pálido, miserable, de nadie sino de mí esperes consuelo: soy hijo de la desesperación, mi nombre es suicidio.»

Born on Despair, and Suicid my name.

YOUNG.

Young fundó una escuela, que no siendo bueno el maestro, no tuvo mas remedio que ser mala. Parte de su primitiva reputación es debida al cuadro que presenta en la apertura de sus *Noches*. Un ministro del Omnipotente, un padre anciano que ha perdido su única hija, se levanta en medio de la noche para gemir entre tumbas, y asocia á la muerte, al tiempo y á la eternidad, la única cosa que el hombre tiene de grande en sí mismo, el dolor. Semejante cuadro interesante.

Pero avanzad: por mas que la imaginación, despertada por esa situación del poeta se haya creado un mundo de lágrimas y de tristezas, nada encontrareis en lo sucesivo sino un hombre que está atormentando su espíritu para concebir ideas tristes y tiernas, y que no consigue establecer mas que una lánguida filosofía. Young, á quien el fantasma del mundo no deja de perseguir ni aun en medio de las tumbas, no revela en sus declamaciones sobre la muerte, mas que una ambición frustrada: confunde su mal humor con la melancolía; nada hay de natural en su sensibilidad, ni de idealismo en su dolor: es una mano pesada que se arrastra monótonamente sobre las cuerdas de la lira.

Young procura dar á sus meditaciones el carácter de tristeza, y esto se consigue únicamente por tres caminos; ó por las escenas de la naturaleza, ó por la vaguedad de los recuerdos, ó por los pensamientos de la religión.

Quiso que las escenas de la naturaleza sirvieran á sus quejas: apostrofó á la luna, se dirigió á las estrellas, pero no consiguió producir emociones en el corazón. Nadie puede decir á punto fijo en dónde reside aquella tristeza que un poeta hace brotar tal vez de

los cuadros de la naturaleza; que tal vez se oculta en el fondo de los desiertos, ó tal vez es el eco estenuado por el dolor, y habitante invisible de la montaña.

Los buenos escritores franceses que han sentido el encanto de esa clase de ensueños melancólicos, han dejado muy atrás al doctor inglés. Chaulieu mezcló como Horacio los pensamientos de la muerte con las ilusiones de la vida:

«Gruta, entapizada de flores y de suave musgo, de cuyo seno brota ese cristalino arroyo, nunca me inspires mas pensamiento que el contemplar el dulce murmullo de la corriente.»

«Musas que tan cariñosamente cuidásteis de mi infancia en ese lugar campestre; frondosos árboles que me visteis nacer, no tardareis en verme morir.»

La página mas melancólica de Young no puede compararse con la siguiente de Rousseau.

«Al aproximarse la noche, yo descendía de las alturas de la isla, y me iba maquinalmente á sentar á la orilla del lago, sobre la arena, en algun rincón oculto; allí el rumor de las olas y la agitación del agua concentrando mis sentidos, y desterrando de mi alma toda inquietud, la sumergían en una especie de sueño delicioso en el que me sorprendía con frecuencia la noche sin haberla visto venir. El flujo y reflujo de aquella agua, su ruido continuo, pero aumentando alguna que otra vez, afectaban suavemente mis sentidos, suplían los sentimientos interiores que la blandura de aquella situación iba estinguendo y bastaban para hacerme sentir placidamente la existencia sin tener que pensar en ella. De cuando en cuando se me ofrecía espontáneamente alguna breve reflexión acerca de la inestabilidad de las cosas del mundo, cuya imagen me presentaba la superficie de las aguas; pero esas ligeras impresiones se desvanecían en la uniformidad del movimiento continuo que me estaba meciendo y que sin el curso activo de mi alma me atraía, en disposición que solo haciendo un esfuerzo, podía al llegar la hora retirarme de aquel sitio.»

Young se aprovechó mal de las ilusiones que inspiran semejantes escenas porque sin duda le faltaba ternura. Abundan los recuerdos de desgracias en el poeta, pero carecen como todo lo demás del colorido de verdad; ni en nada pueden compararse con estos acentos de Gilbert, espirando en la flor de la edad en un hospital y abandonado de sus amigos.

«Miserable convidado al festin de la vida, apenas me presenté en él me veo llamado por la muerte! Muera sin la esperanza de que nadie venga á derramar lágrimas sobre la tumba que lentamente me va atrayendo.»

«Adios campiñas afortunadas; adios delicioso follaje, adios risueña soledad de los bosques, cielo, pájaro del hombre, admirable naturaleza, adios por última vez.»

«¡Ah! ¡Seales dado á esos amigos que están sordos á mis lamentos, gozar por mucho tiempo de vuestra sagrada belleza! Sean largos sus días; sea llorada su muerte, sea un amigo el que les cierre los ojos!»

En muchos pasajes Young declama contra la soledad; es decir que en su corazón no había tendencias ni de sacerdote ni de poeta. Los santos alimentan sus meditaciones en el desierto, y el Parnaso en una montaña solitaria. Bourdaloue suplicaba al prior de su orden le permitiera retirarse del mundo. «Conozco que mi cuerpo se debilita y se va encaminando á su fin, decía Bourdaloue. He terminado mi carrera, ¡ojalá pudiera añadir: ¡He sido fiel!... Séame lícito emplear únicamente en servicio de Dios y de mi alma lo que me resta de vida... Allí olvidándome de todas las cosas del mundo, consagraré á Dios todos los años de mi vida en la amargura de mi alma.» Si Bossuet viviendo en medio de las pompas de Versailles, supo

derramar en todos sus escritos una santa y majestuosa tristeza, no fue sino porque había encontrado en la religión toda una soledad.

Por lo demás, es preciso convenir en que nuestro siglo lleva ventaja al anterior en lo tocante á ese género descriptivo elegíaco. Ya no son descripciones vagas como en otro tiempo, sino observaciones exactas, las que, poniéndose en armonía con los sentimientos, encantan por su verdad y producen en el alma la impresión de un melódico lamento.

Suspirar por lo que se ha perdido; vivir en sus recuerdos y caminar hácia la tumba aislándose, tal es la vida del hombre. Las imágenes tomadas de la naturaleza tienen mil relaciones con nuestros sucesos; uno pasa en silencio como un raudal sereno; otro lleva en pos de sí un tumultuoso rumor como el torrente; otro se desploma atronando como la catarata, aterroriza y desaparece.

Young, por decirlo de una vez, llora sobre los mortales restos de Narcisa sin conmover á nadie. A una mujer ciega, querían ocultar sus amigos el último trance á que se hallaba reducida su hija por una enfermedad: la triste madre aprovechó un momento de descuido, se arrimó al lecho, abrazó á su hija y al darle un beso en la frente se mancharon sus maternales labios con el sagrado óleo con que el sacerdote había ungido la frente de la moribunda virgen. Hé aquí una idea que conmueve el corazón mas que todos los pensamientos de las *Noches* del padre de Narcisa.

GRAY.—THOMSON.—DELILLE.—FONTANES.

Del autor de las *Noches* paso al cantor de las muertes campestres. Gray encontró en la lira una serie de armonías é inspiraciones desconocidas de la antigüedad. En él principia esa escuela de poetas melancólicos, trasformada actualmente en escuela de poetas desesperados. El primer verso de la célebre elegía de Gray, es una traducción casi literal del último verso de estos deliciosos tercetos de Dante:

«Era già l'ora che volge 'l disio
»A' naviganti e'ntenerisce il core
»Lo di eh' han detto a' dolci amici addio.
»E che lo nuovo peregrin d' amore
»Punge, se ode squilla di lontana
»Che paja 'l giorno pianger che ti muor.»

Era la hora en que se aviva el deseo y se entenece el corazón de los navegantes recordando el día en que dijeron adios á sus dulces amigos: cuando el nuevo peregrino de amor se acudia al oír á lo lejos la campana que al parecer llora al día que está muriendo.

Gray dijo:

The carfew tolls the knell of parting day.

Yo también en mi tiempo hice una imitación del *Cementerio campestre*. (¿Quién no lo ha imitado?)

«¡Ah! ¿Qué son los honores? El hijo de la victoria y el pacífico mortal que conduce un rebaño mueren de un mismo modo: los pasos de la gloria así como los del placer no conducen sino á la tumba.»

«Tal vez aquí la muerte en su imperio encadena orústicos, Newton, ignorados de la tierra, ilustres desconocidos, cuyos inspirados talentos habrían encantado á los dioses con las armonías de la lira. Así ves como brilla la perla en el fondo del vasto Océano: así es como se marchitan en los bosque rosas que nadie ve sonreír y cuyo aroma se exhala lejos de virginal seno de las pastoras.»

El ejemplo de Gray demuestra que un autor puede entregarse á sus melancólicos ensueños sin dejar por eso de ser noble y natural, y sin despreciar la armonía.

La oda á una *Vista lejana del colegio* de Etonces en alguna de sus estrofas digna de figurar al lado del *Cementerio campestre*.

¡Ah happy hills! ¡ah pleasings hade
Ah fields belov'd in vain!
Where ouce my careless childhood stray'd
A stranger yet to pain!
I feel the gales, that from you blow
A momentary bilis bestow;
As, waving fresh their gladsome wing,
My weary soul they seem to sooth,
And, redolent of joy and youth,
To breathe a second spring.

Say, father Thames, for thou hast seen
Full many a siprightly race.
Disporting on thy margent green,
The paths of pleasure trace;
Who foremost now delight to cleave,
With pliant aruns, thy glassy wave?
The captive linnet which enthral?
What idle progeny succeed
To chasse the rolling circle's speed,
Or urge the flying ball?

Alas! regardless of their doom,
The little victims play!
No sense have they of ills to come,
Nor care beyond to-dav.

«¡Afortunadas colinas, risueños bosquecillos, campos vanamente amados, por los cuales en otro tiempo anduvo errante mi primera juventud libre de todo cuidado y de toda molestia! siento las brisas que viniendo de vosotros me traen un momento de felicidad, en tanto que sacudiendo alegremente sus ligeras alas parecen acariciar mi espíritu abatido y con su perfume de juventud y alegría, me inspiran una segunda primavera.»

«Dí, padre Tamesis (pues has visto mas de una nueva raza solazarse en tus verdes riberas, dejando huellas de su plácido paso), dí quiénes son hoy los que mas se apresuran á hendir con ágil brazo tus ondas cristalinas ó á cautivar las aves que cantan en tus márgenes. Dí qué versátil generación se aventura en precipitar el curso del aro ó en lanzar la pelota que rebota en la arena.»

«¡Ah! sin pensar en su destino jueguetean las pequeñas víctimas, sin pensar en los males futuros, sin cuidarse del día de mañana.»

¿Quién no habrá experimentado los sentimientos que tan dulce y poéticamente espresan esos conceptos? ¿Quién no se habrá enternecido al recordar sus juegos, sus estudios y sus amores infantiles? Mas ¡ay! nadie puede reproducirlos. Los placeres de la juventud pintados por la memoria, son ruinas vistas á la luz de una tea.

Gray tenía la manía de que le llamaran hidalgo de primera clase, y no podía sufrir que nadie le hablara de sus versos que le causaban rubor. Preciábase de tener profundos conocimientos históricos, y en realidad los tenía. También aspiraba á la celebridad de químico, así como por el contrario sir Davie deseaba fundadamente ser llamado poeta. ¿Dónde están al presente la hidalguía, la historia y la crítica de Gray? No vive ya sino en la melancólica sonrisa de las musas que despreciaba.

Thomson ha espresado como Gray (pero de otro modo) el recuerdo de los días de su infancia.

Welcome, kindred glooms!
Congenial horrors hail! with frequent foot,
Pleas'd have I, in my chasful morn of life,
When nurs'd by careless solitude I liv'd,
And sung of natura with unceasing joy,
Pleas'd have I wander thro' your rough domain;
Trod the pur virgin-snows, myself pure.

(¡Bien venidas sombras aparentes! Horrores simpáticos, salud! Cuántas veces encantado durante la alegre mañana de mi vida, cuando vivía alimentado por una soledad exenta de cuidados, celebrando con un júbilo sin fin la naturaleza; cuántas veces he andado errante y lleno de ilusiones al través de las sombrías regiones de las tempestades, y pisando la nieve virginal, que no me aventajaba en pureza, etc.)

Así como los ingleses tenían su Thomson, figuraban Saint-Lambert y Delille entre los franceses. La obra maestra de este último es la traducción de las *Geórgicas*, esceptuando los pasajes sentimentales; pero la lectura de esa traducción del Virgilio produce el mismo efecto que una refundición de Racine en el lenguaje del tiempo de Luis XV, ó las copias de los cuadros de Rafael hechas por Mignard.

Los *Jardines* son una obra deliciosa. En algunos cantos de la traducción (también de Delille) del *Paraiso perdido*, se echa de ver un estilo más copioso que en las demás obras. De todas maneras esa escuela técnica, colocada entre la clásica del siglo XVII y la romántica del XIX ha desaparecido ya. Sus libertades demasiado buscadas, y sus trabajos por ennoblecer asuntos que no lo merecían y por imitar sonidos que no venían al caso, no dieron á la escuela técnica más que una vida ficticia, que pasó con las costumbres, también ficticias, de donde había nacido. Esta escuela haciendo alarde de copiar la naturaleza, careció de naturalidad; consagrándose á combinaciones pueriles de palabras, no fue tan original como la moderna, ni tan pura como la antigua. El abate Delille fue el cantor de la aristocracia moderna, así como los trovadores lo fueron de la antigua: en los versos del uno y en las baladas de los otros, se echa de ver el vigor de aquella clase de la sociedad en sus diversas épocas de juventud y vejez. Delille tuvo que pintar escenas y entretenimientos domésticos, donde los trovadores cantaron proezas y torneos.

La prosa y los versos de Mr. de Fontanes son parecidos y tienen un mérito de una misma especie. En sus pensamientos é imágenes resalta una melancolía ignorada en el siglo de Luis XIV, y que únicamente tenía lugar en la austera y santa tristeza de la elocuencia religiosa. Esta melancolía respira en las obras del cantor del *Día de los Difuntos* como característica del tiempo en que vivió; ella revela á punto fijo la época de la aparición del poeta, que fue después de Rousseau, y no inmediatamente después de Fenelon. Si se redujeran los escritos de Mr. de Fontanes á dos pequeños tomos, el uno en prosa y el otro en verso, serían el más elegante monumento fúnebre que pudiera erigirse á la memoria de la escuela clásica.

Entre las odas póstumas de ese autor, hay una á su *Aniversario*, que rivaliza con la consagrada al *Día de los Difuntos*, y la ventaja en un sentimiento más individual y penetrante. Cito dos estrofas, únicas que retengo en la memoria.

«Ya viene la vejez con sus padecimientos. ¿Qué me ofrece el porvenir? Breves esperanzas. ¿Qué me ofrece el pasado? Faltas y pesares. Tal es la suerte del hombre; la edad lo instruye. Mas ¿de qué sirve la sabiduría cuando el fin está ya tan cercano?»

«Lo pasado, el presente y el porvenir, todo me causa pena: la vida en su ocaso no tiene ningún prestigio para mí. En el espejo del tiempo desaparecen todos sus encantos. ¡Placeres! Id á solicitar al amor y á la juventud: dejadme con mi tristeza y no me insultéis.»

Si algún objeto en el mundo podía ser antipático á Mr. de Fontanes, era mi modo de escribir. En mi principiaba, con la escuela llamada romántica, una revolución en la literatura francesa: sin embargo, mi amigo en vez de indignarse contra mi barbarie, se aficionó á ella. No dejaba yo de ver alguna contracción en su semblante cuando le leía pasajes de los *Nat-*

chez, de *Atala* y de *René*: no podía apreciar esas composiciones con las reglas normales de la crítica, pero conocía que entraba en un mundo nuevo, veía una naturaleza nueva y comprendía un idioma que nadie había hablado. Le soy deudor de excelentes consejos y de cuanto puede haber de correcto en mi estilo: él me enseñó á respetar el oído, y por último á él debo el no haber caído en la estravagancia de invención y poco limada ejecución de mis discípulos, si es que los he tenido.

Mr. de Fontanes tuvo que emigrar de París por los sucesos del 18 fructidor y pasó á Londres. Allí íbamos con frecuencia á pasearnos al campo, deteniéndonos bajo la sombra de los copudos olmos, esparcidos por aquellas praderas. Apoyándose en el tronco de alguno de ellos, mi amigo me contaba escenas de su primer viaje á Inglaterra antes de la revolución, repitiéndome alguna vez versos que había dedicado á unas señoritas que ya habían envejecido á la sombra de los torreones de Westminster, torreones que subsistían del mismo modo que entonces los había visto, á pesar de tener encerradas en su base las ilusiones y las horas de la juventud del poeta. Comíamos en alguna hostería solitaria en las márgenes del Támesis, hablando de Shakespeare y de Milton, como dice Sainte Beuve: «había al pie de Westminster adivinado á Crómwell y soñado con Lucifer.»

Milton y Shakespeare habían visto lo que también nosotros estábamos viendo, y se habrían sentido alguna vez en la margen de aquel río, semejante en nuestra emigración al río de Babilonia, y para ellos río que fecundaba su patria. Por la noche regresábamos á Londres, á la pálida luz de las estrellas que iban sucesivamente desapareciendo entre la niebla de la ciudad, y nos encaminábamos á nuestra morada guiados por inciertos resplandores, que apenas nos indicaban el camino al través del humo de carbon, enrojecido por la luz de los reverberos. Así pasa la vida del poeta.

REACCION. — TRANSFORMACION LITERARIA. — HISTORIADORES.

Cuando los franceses se hicieron entusiastas admiradores de los ingleses; cuando en Francia predominó la manía de imitar á sus vecinos hasta en el traje, en los perros, en los caballos, en los jardines y en los libros, los ingleses siguiendo el instinto de su odio á la Francia, se jactaron de llamarse anti-franceses: cuanto más éstos procuraban unirse, más se desviaban aquéllos, y más con desprecio los miraban. Para excitar la risa del público, en cualquiera plazuela de Londres se veía un tablado, sobre el cual un payaso hacía mover un maniquí, dándole el nombre de francés. Presentábanlo á la risa del pueblo, vestido de un traje de tafetan de verde claro, con el sombrero bajo el brazo, larga coleta, piernas delgadas, con todo el aire de un bailarín ó de un hambriento peluquero; tirábanle de las narices y le hacían tragar sapos. En tanto que el pueblo de Inglaterra se divertía con estas bufonadas, en el teatro de Francia nunca figuraba un individuo de aquella nación que no fuese adornado de todas las mejores cualidades; siempre era algún noble lord, ó cuando menos algún capitán que se distinguía por sus sentimientos de pundonor y generosidad. En Londres se extendió la reacción á toda la literatura francesa, antigua y moderna, y para conseguir separarse enteramente de esta última, fueron intentando nuevos caminos, hasta llegar por último al estado en que hoy se encuentran las letras en aquel país. Cuando tuve que buscar allí un asilo en 1792, me ví en la precisión de reformar la mayor parte de los juicios que había tomado de las obras críticas de Voltaire, Diderot, La Harpe y Fontanes.

Por lo concerniente á historiadores, ví que Hume estaba reputado como escritor tory-jacobita, pesado

y retrógrado; acusábanlo, así como á Gibbon, de haber recargado de galicismos el idioma inglés y lo posponían á su continuador Smollett, espíritu *with* y progresista, Gibbon acababa de desaparecer: pasaba por retórico, por filósofo durante su vida y por cristiano en su hora postrera, lo cual era lo mismo que decir que había sido un *pobre diablo*. Hallam y Lingard no habían dado aun al público sus trabajos.

Hablaban también de Robertson por la seguridad de su estilo. No se dirá efectivamente al leer su historia, lo que Mr. Lermnier dijo de la lectura de la de Herodoto en los juegos olímpicos: «La Grecia se estremeció y Tucídides lloró.» En vano aquel sabio ministro escocés (Robertson) se habría esforzado en hallar ideas como las que campean en aquel discurso que Tucídides pone en boca de los de Platea, defendiendo su propia causa ante los lacedemonios que los condenaron á muerte por haber sido fieles á los atenieses. Transcribo un pasaje de ese discurso:

«Volved los ojos hacia las tumbas de vuestros padres, inmolados por los Medas, sepultados en los surcos de nuestras campiñas. A ellos tributábamos todos los años honores públicos, como á nuestros antiguos compañeros de armas. Pausanias los enterró aquí creyendo depositarlos en una tierra hospitalaria. Si nos quitáis la vida, si convertís el campo de Platea en un campo de Tebas, ¿no será lo mismo que abandonar vuestros parientes en tierra enemiga en medio de sus asesinos? ¿No podrá decirse que estableceis tiranía en el campo donde los Elenos conquistaron su libertad? ¿No abolireis obrando de este modo los antiguos sacrificios de los fundadores de esos templos? Nosotros venimos á suplicaros por las cenizas de vuestros antepasados, é invocamos esos muertos para no ser reducidos á esclavitud por los tebanos. Os recordaremos la jornada en que nos ilustraron las acciones más brillantes, y daremos fin á nuestro discurso: fin terrible, pues tal vez seremos conducidos á la muerte al terminar nuestras últimas palabras.»

¿Tenemos nosotros tumbas en medio de las campiñas á donde acudamos á hacer anuales libaciones? ¿Tenemos templos que nos recuerden hechos memorables? La historia de la Grecia es un poema; la de los romanos un cuadro, la nuestra es una crónica.

CONTINUACION DE LA REFORMA LITERARIA.—FILÓSOFOS.—POETAS.—POLÍTICOS.—ECONOMISTAS.

Desde el 1792 hasta el 1800, es rara la vez que en Inglaterra oí citar á Locke: decían que su sistema había envejecido, y lo consideraban como débil en *ideología*. Por lo tocante á Newton obraban con justicia: negábanle como escritor la tierra, pero lo trasladaban al cielo.

Por lo tocante á los poetas, solo algunas composiciones de Driden hallaban cómodo destierro en algunos *elegantes compendios*. No había indulgencia para las rimas de Pope, á pesar de las frecuentes visitas que se hacían á su casa de Twickenham, y de los pedazos de madera que se arrancaban del tronco de un sauce que aquel escritor plantó con su mano, y que estaba ya tan mustio como su fama.

De Blair decían que era un fastidioso crítico á lo francés, y lo hacían muy inferior á Johnson. El *Antiquo Espectador* yacía en el polvo de los desvanes: la literatura filosófica estaba siguiendo el curso de Edimburgo.

Las obras de los políticos ingleses ofrecen poco interés general. No se tocan por lo común más que cuestiones parciales, ó no se ocupan más que de verdades particulares á la constitución de los pueblos británicos.

Los tratados de economía tienen algo más de latitud, pues en ellos se ven cálculos aplicados en parte á las diversas sociedades de Europa acerca de la ri-

queza de los pueblos, la influencia de las colonias, el movimiento de las generaciones, el empleo de capitales y el balance del comercio y la agricultura.

Sin embargo, en la época á que me refiero, Mr. Burke salía de la individualidad nacional política, y declarándose contra la revolución francesa, arrastró su país á esa larga vía de hostilidades que terminó en los campos de Waterloo. Aislada por espacio de veinte y dos años la Inglaterra, defendió su constitución contra las ideas que hoy la invaden, impeliéndola hacia la suerte común de la antigua civilización.

TEATRO.—MISTRESS SIDDONS.—PATIO.—INVASION DE LA LITERATURA ALEMANA.

La reacción literaria procedía con ingratitud al desdenar á los autores clásicos. ¿No era el ostensible empeño de la época el retroceder á Shakespeare y á Milton? pues á nadie debían esos ingenios la gloria sino á los escritores del tiempo de la reina Ana: esos eran los que los sacaron del limbo en que yacían. Dryden, Pope y Addison fueron los promotores del apoteosis. Así contribuyó también Voltaire á la ilustración de los grandes hombres del siglo XIV, Voltaire; cuyo espíritu móvil, curioso é investigador no tenía reparo en ceder algo de la mucha celebridad que tenía en beneficio del prójimo, estando seguro, se entiende, de volverla á recoger con grande usura.

Durante los ocho años que residí emigrado en Londres, ví dominar constantemente en la escena Sakespeare: rara vez aparecieron en ella Rowe, Congreve ú Otway; parecía que aquel desigual sublime pintor de las pasiones no toleraba que nadie ocupara un puesto inmediato. Mistress Siddons desempeñaba el papel de lady Macbeht con extraordinaria grandeza: la escena del sonambulismo helaba de terror á los espectadores. Talma era el único que podía aspirar á ponerse al nivel de aquella actriz, y eso que en su talento había algo de las correctas maneras de la Grecia, lo cual no se echaba absolutamente de ver en mistress Siddons.

Habiendo sido yo invitado en 1822 á una reunión en casa de lord Lansdown, su señoría me presentó á una dama de rostro severo y de edad de setenta y tres años: estaba enteramente vestida de negro, y era del mismo color un velo que á manera de diadema ceñía sus blancos cabellos, dándole el aspecto de una reina destronada. Esa señora me saludó solemnemente con tres frases del *Genio del Cristianismo* estropeadas por la pronunciación, y luego me dijo no con menos gravedad: «Soy mistress Siddons.» Si en vez de eso me hubiese dicho: «Soy lady Machet,» la hubiera creído. A poco que se viva se encuentra uno con los restos del siglo arrojados por las olas del tiempo á las riberas de la eternidad.

El patio (del teatro) inglés era en mi emigración turbulento y grosero: los marineros bebían cerveza, comían naranjas y apostrofaban á la gente de los palcos. En cierta ocasión tropezó conmigo un marinero que había entrado ebrio en el teatro, y me preguntó: ¿Dónde estoy?—En Coven Garden, le contesté.—*Pretty garden indeed* ¡hermoso jardín ciertamente! me contestó con una eterna carcajada como los dioses de Homero. Pero el pueblo inglés en su brutalidad era mejor juez de las bellezas de Shakespeare que esos elegantes que en la actualidad prefieren las comedias de Kotzebue y de los arribales de París, traducidas en inglés, á las escenas de *Ricardo III* y de *Hamlet*.

La literatura alemana ha invadido por último la literatura inglesa, como en otros tiempos dominaron la italiana y luego la francesa. Walter-Scott dió sus primeros pasos con la traducción del *Berlinchen* de Goethe; fácil le habría sido elegir de otro modo teniendo á Goethe, Schiller y Lessing. Otros poetas escoceses han imitado mejor en lo tocante al valor y al

carácter de sus montañas, esos cantos guerreros de la nueva Germania que Mr. Saint-Marc Girardin dió á conocer á los franceses, así como Mr. Ampere los incitó en los antiguos poemas *Eda*, *Sagas* y *Nibelungen*.
 «¿Cómo duerme tranquila! cómo duerme (la reina de Prusia). En sus facciones se nota una indefinible expresión de vida. ¡Ah! ¡Ojalá duermas hasta el día en que tu pueblo pueda lavar en sangre el orin de su espada! Duerme así hasta la noche, la mas hermosa de las noches, que verá brillar en la cima de los montes las señales de guerra. Despiértate entonces, despiértate, santa patrona de la Alemania: sé su ángel de libertad y de venganza (1).»

ELOCUCIA POLITICA.—FOX.—BURKE.—PITT.

Puede considerarse la elocuencia política como una de las partes de la literatura británica; así he tenido ocasion de conocerlo en dos épocas bien distintas de mi vida.

La Inglaterra del 1688 se hallaba á fines del siglo último en el apogeo de su gloria. Yo, pobre emigrado en Londres desde el 1792 hasta el 1800, oí hablar á los Pitt, Fox, Sheridan, Wiberforce, Grenville, Whitbread; Landerdale y Erskine; cuando me hallé de magnífico embajador en la misma ciudad en 1822, no se decir hasta qué punto me sorprendió el ver que en lugar de aquellos grandes oradores que admiré en otro tiempo, estaba ocupado su puesto por los que entonces eran de segundo orden, es decir, cuando vi que los discípulos ocupaban el lugar de los maestros. Albion se va gastando como todas las demás cosas del universo; las ideas generales han penetrado en aquella sociedad particular, y la dirigen. Pero la aristocracia ilustrada puesta desde hace cuatro siglos al frente del país, habrá presentado al mundo una de las mas bellas y poderosas sociedades que han hecho honor á la raza humana desde el patriado romano. Los últimos triunfos de la corona británica en el continente, han precipitado su caída. La Inglaterra viniendo, y Napoleón siendo vencido, dejaron su corona en Waterloo.

En 1796 asistí á la memorable sesion de la cámara de los Diputados, en que M. Burke se separó de M. Fox. Tratábase de la revolucion francesa que el primero de estos atacaba, y el segundo defendia. Jamás los dos oradores, que hasta entonces habian sido amigos, desplegaron tanta elocuencia. Toda la cámara estaba conmovida, y los ojos de Fox se inundaron de lágrimas cuando Burke terminó su discurso con estas palabras:

«El muy honorable caballero, en el discurso que acababa de pronunciar, me ha tratado en cada frase con una dureza no muy común: ha censurado mi vida entera, mi conducta y mis opiniones. A pesar de ese grande y formal ataque, no merecido por mi parte, no me arredro, ni temo manifestar mis sentimientos en esta cámara, y donde quiera que sea. Lo diré al mundo entero: la Constitucion pelagra.

«Ciertamente es una cosa indiscreta, y particularmente en la edad de mi vida, al provocar enemigos ó dar á los amigos ocasion de abandonarme. Mas si eso debe suceder por mi adhesion á la ley fundamental británica, aventuraré todas las consecuencias, y cediendo á lo que el deber y la prudencia pública me ordenan, exclamaré en mis últimas palabras: ¡Evitad la constitucion francesa! (*Fly from the french constitution*).»

Habiendo dicho M. Fox que no se trataba de perder amigos, prosiguió diciendo el orador:

«Sí, se trata de perder amigos, bien conozco el resultado de mi conducta. He cumplido con mi deber á costa de mi amigo; nuestra amistad ha concluído.

(1) *Koren* citado por Mr. Saint-Marc Girardin.

«Advierto á los muy honorables diputados, que son los dos grandes rivales de esta cámara, que (bien sea que se muevan en el horizonte político como dos luminosos meteoros, bien sea que caminen unidos como dos hermanos), deben preservarse para el porvenir y amar la constitucion británica; les advierto que deben estar muy en guardia contra las innovaciones, y salvarse del peligro de las nuevas teorías.» Pitt, Fox y Burke ya no existen, y la constitucion inglesa ha sufrido la influencia de las nuevas teorías. Es preciso haber visto la gravedad de los debates parlamentarios en aquella época, y haber oído aquellos oradores, cuya voz profética parecia anunciar una próxima tempestad, para formarse una idea de la escena que acabo de recordar. La libertad contenida en los límites del orden, parecia agitarse en Westminster bajo la influencia de la libertad anárquica que hablaba en la tribuna todavía ensangrentada de Cromwell.

M. Pitt, alto y delgado, tenía un aspecto sério y burlon. Su palabra era fria: su entonacion monótona: su ademan insensible. Sin embargo, el brillo y fluidez de sus pensamientos y la lógica de sus raciocinios súbitamente ilustrados con ráfagas de elocuencia, elevaban su talento á una altura fuera de todo lo comun.

Yo veía con bastante frecuencia á M. Pitt, cuando al través del parque de San James iba á pie desde su casa al palacio del rey. Por su parte Jorge III venia de Windsor despues de haber bebido cerveza en un vaso de estaño con los labradores de la vecindad y atravesaba las ruinas patios de su castillejo en un carruaje de mal color, acompañado de algunos guardias á caballo, este era, sin embargo, el señor de los reyes de Europa, como cinco ó seis comerciantes de la cité eran los señores de la India. M. Pitt, vestido de negro con espadin de puño de acero al lado, y el sombrero bajo el brazo, subia la escalera abarcando con sus largas piernas dos ó tres escalones á un mismo tiempo. A su paso no solia encontrarse mas que con tres ó cuatro emigrados desocupados, sobre los cuales dejaba caer una mirada desdeñosa, y pasaba adelante con la cabeza erguida y el rostro pálido.

Aquel célebre economista nunca habia podido establecer arreglo en su casa, ni siquiera por lo tocante á las horas de comida ó de descanso: hallábase abrumado de deudas que no pagaba, y tenía encomendada la direccion de sus negocios personales á su ayuda de cámara.

Mal vestido, sin placeres, sin pasiones, no siendo la de la ambicion de mando, despreciaba los honores y no queria ser sino *William Pitt*.

Lord Liverpool, en junio del 1822, me llevó á comer á su casa de campo, y al atravesar el carrascal de Pulteney me hizo ver la pequeña casa en que murió pobre el hijo de lord Chatam, el hombre de Estado, de quien se puede decir que habia tenido asalariada la Europa y distribuido con sus propias manos todos los millones de la tierra.

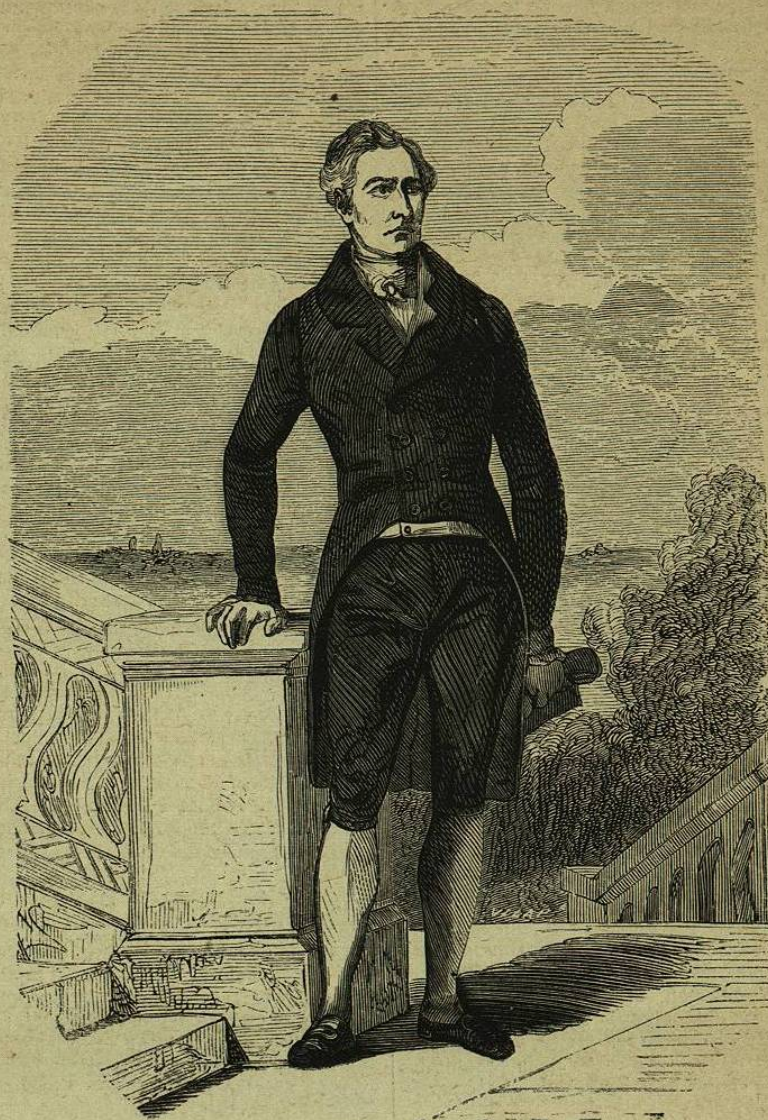
CAMBIO DE LAS COSTUMBRES INGLESAS.—HIDALGOS.—CAMPEÑINOS.—CLERO.—ALTA SOCIEDAD.—JORGE III.

En su separacion del continente por una larga guerra, los ingleses conservaron hasta fines del siglo último sus costumbres y su carácter nacional. En aquel tiempo todavía no era todo máquinas en las clases industriales, ni locura en las clases elevadas. Por esas mismas calles donde ahora transitan hombres envueltos en anchos levitones manchados de barro, pasaban en otro tiempo graciosas niñas vestidas de blanco, con su sombrero de paja sujeto con una cinta bajo la barba, su cesta al brazo, su libro en la mano, y ruborizándose cuando algun desconocido fijaba la vista en ellas. Esa clase de levitones (*redingates*) era en 1793

tán poco usada en Londres, que una buena mujer me preguntaba derramando lágrimas si era cierto que Luis XVI habia tenido que subir al patíbulo con semejante traje.

Los hidalgos campesinos no habian vendido todavía sus bienes rurales para poder vivir en Londres, y aun seguian formando en la cámara de los Diputados aquella fraccion indepediente que haciendo oposicion al

ministerio, sostenia la idea de orden y de propiedad. Aquellos honrados diputados iban durante el otoño á cazar zorras ó faisanes, comian el pato cebado por Navidad, gritaban viva el *roast beef*, se lamentaban del tiempo presente, alababan el pasado, renegaban de Pitt y de la guerra que habia hecho subir el precio del vino de Oporto, y se acostaban ébrios para entregarse al mismo género de vida al dia siguiente. Esta-



WILLIAM PITT.

ban seguros que la gloria de la Gran Bretaña no se extinguiría mientras se cantara el *God save the king*, mientras se conservaran en su vigor las leyes sobre la caza, y mientras se vendieran furtivamente en el mercado liebres y perdices con el nombre de *leones* y *avestruces*.

El clero anglicano era sabio, hospitalario y virtuoso, y recibió al clero francés con una caridad verdaderamente cristiana. La universidad de Oxford mandó imprimir á su costa y distribuyó gratis á los curas

franceses un Nuevo Testamento segun el testo de la edicion romana con este epigrafe: *Para el uso del clero católico desterrado por la religion*.

Por lo que toca á la alta sociedad inglesa de aquel tiempo, no pude en mi triste situacion de emigrado considerarla mas que en su parte exterior. Cuando habia recepciones en la corte ó en los salones de la princesa de Gales veia yo pasar las *Ladies* sentadas de medio lado en sillas de mano. Sus grandes tontillos salian por la portezuela de la litera como frontales de